

JOSÉ MARTÍ: LA INDEPENDENCIA DE LAS ANTILLAS HISPANAS Y EL EQUILIBRIO INTERNACIONAL*

RODOLFO SARRACINO

El análisis de cualquier artículo, ensayo u obra que incluya en su temática el principio del equilibrio internacional requiere, en rigor, un estudio cuidadoso previo, histórico y técnico, inevitablemente extenso, referido a los métodos que Martí aplicó en su defensa del derecho del pueblo cubano a la independencia. Pero falta el tiempo para hacerlo en esta ocasión. Me limito a señalar la influencia del positivismo del fin del Siglo XIX en las añosas páginas de los textos tradicionales del Derecho Internacional Público, sin precisar si hubo influencia de éste en Martí, abogado y profesor de Derecho, cuyo trabajo de graduación en la Universidad de Zaragoza fue precisamente sobre el *Ius Gentium* o Derecho de Gentes romano, equivalente al Derecho Internacional de nuestro tiempo.

Se debatía entonces la necesidad de una sociedad de estados, como condición necesaria para la existencia del Derecho Internacional, último refugio de los países pequeños y débiles que apenas sobrevivían, y sobreviven, ante la voracidad de las grandes potencias, en tanto que el equilibrio de poder entre los estados se estimaba condición imprescindible para el buen funcionamiento de un Derecho Internacional aplicable y en esa medida perdurable. Se discutía entre los más connotados internacionalistas de aquellos días el papel de la voz del pueblo, la política y la ética en el desarrollo del Derecho Internacional. Nada más coincidente con los intereses docentes, pero sobre todo revolucionarios, de José Martí.

Los ideólogos del imperio, que nunca creyeron en familias de estados y mucho menos en la incorporación de la ética al Derecho Internacional o el equilibrio en las relaciones del mundo, impusieron, hasta el día de hoy, los criterios de la fuerza como factor decisivo en las relaciones internacionales. No se registran ejemplos de dirigentes políticos o jefes de estado estadounidenses, salvo el caso excepcional de Henry Kissinger en tiempos recientes,¹ que haya mencionado siquiera el principio del equilibrio en las relaciones internacionales, salvo para señalar su ineficacia.

En realidad, Martí escribió poco del tema, aunque lo aplicó como estrategia de lucha, cuando se hallaba inmerso en la organización de un proceso revolucionario en Cuba, excepcionalmente complejo por la cercanía a una gigantesca nación, cuyos círculos de poder se empeñaban en convertirla en un imperio. El modelo martiano, salvando la diferencia en el tiempo y las circunstancias, se inspiró en las ideas de Simón Bolívar.

Con previsión increíble, el Libertador introdujo cambios en el principio del equilibrio internacional que instaban a los revolucionarios de Asia, África y América Latina a unirse para impedir el control y la explotación de las potencias coloniales europeas, sin incluir en ese momento a Estados Unidos. Pero en los días de Martí

*Conferencia impartida el 28 de noviembre de 2014 en la UPC de Guantánamo.

EEUU se había convertido en el peligro fundamental de los pueblos hispanoamericanos que luchaban por su independencia. Baste evocar el esclarecedor comentario, tantas veces citado por este y otros investigadores, que escribiera Martí, probablemente entre 1887 y 1888, cuando trabajaba en la firma Lyon and Company, que aparece en uno de sus cuadernos de apuntes, acerca de una información del vicecónsul francés en Guayaquil, que habría hallado un "paso transcontinental", capaz con pocas inversiones de atravesar el continente suramericano de un océano al otro.

Inmediatamente la Great Zaruma Gold Mining Company, firma británica de minería, inició negociaciones para adquirir el derecho al desarrollo y explotación de ese proyecto que nunca prosperó. He aquí lo que escribió Martí en su cuaderno de apuntes acerca de ese incidente en una especie de memorando exclusivamente para su uso personal:

[...] lo que otros ven como un peligro, yo lo veo como una salvaguardia: mientras llegamos a ser bastantes fuertes para defendernos por nosotros mismos, nuestra salvación, y la garantía de nuestra independencia, está en el equilibrio de potencias extranjeras rivales. Allá, muy en lo futuro, para cuando estemos completamente desenvueltos, corremos el riesgo que se combinen en nuestra contra las naciones rivales, pero afines,-- (Inglaterra, Estados Unidos): de aquí que la política extranjera de la América Central y Meridional haya de tender a la creación de intereses encontrados en nuestros diferentes países, sin dar ocasión de preponderancia definitiva de ninguno, aunque es obvio que ha de haber, y en ocasiones convenir que haya preponderancia aparente y accidental, de algún poder que acaso deba ser siempre un poder europeo.²

Nótese en esas líneas la percepción de Martí acerca de las contradicciones que por aquellos días existían entre ciertas potencias europeas y el flamante imperio estadounidense, que entonces veía la luz, y la manera como Martí concebía utilizarlas para impedir el "control" de Estados Unidos sobre Cuba y el resto de las Antillas Mayores, y su extraordinaria presciencia acerca de la unión que él anticipaba podría tener lugar —como en efecto tuvo— entre Inglaterra y Estados Unidos. Palabras más claras no es posible hallar en la gigantesca obra martiana para caracterizar su visión del equilibrio internacional y su aplicación durante la lucha "necesaria" que se venía encima al pueblo cubano.

En verdad, al ser elevado a la dirección del Partido Revolucionario Cubano en abril de 1892, José Martí se enfrentaba a problemas estratégicos en extremo complejos. Uno de los más obvios era que, con menos de dos millones de habitantes, después de una década de guerra en Cuba contra España, incluyendo también a

Puerto Rico, unidos en la lucha por su independencia, difícilmente habrían podido sobrevivir sin apoyo internacional a la anunciada expansión territorial estadounidense. Baste una mirada somera a las cifras: 25 años después de la Guerra de Secesión, la potencia del Norte contaba con más de 60 millones de habitantes, una extensión continental de algo más de ocho millones y medio de km² y una industria pesada y de armamentos capaz de armar a un número de hombres imposible de aproximar mínimamente por los pueblos de las Antillas Hispanas.

Hay que convenir, como Martí sabiamente había anticipado, que EEUU era el más peligroso enemigo de las aspiraciones libertarias del pueblo cubano. En esas circunstancias, la unidad y el respaldo de la América española a Cuba eran para los revolucionarios cubanos de la mayor importancia. Pero la América Latina permanecía a su vez profundamente dividida: desde antes de 1880 la política exterior de la monarquía brasileña estaba sujeta a su dependencia económica de EEUU cuyo propósito era asegurar a ese país como mercado principal para su enorme cosecha de café y otros productos primarios.

Desarrollaba una activa emulación con la Argentina por la supremacía en la subregión, cuando esta aún tenía pendiente con el enorme país suramericano el diferendo territorial, al borde la guerra, por los más de 60,000 km² de Misiones. Paralelamente se esforzaba por asegurar un acuerdo político-militar con la ya poderosa nación norteamericana. No puede olvidarse que Brasil poseía poco menos de la mitad del territorio total del hemisferio y algo más de la mayoría de su población. La justificación de la política brasileña contra los intereses de la Argentina era su temor a una alianza. bajo su liderazgo, de los países hispanoamericanos en el Cono Sur.

Y para Estados Unidos, como ha afirmado el brillante historiador brasileño Helio Jaguaribe “esa relación especial con Brasil constituía una forma de romper la potencial unidad latinoamericana y vaciar las relaciones hemisféricas en el formato de un panamericanismo bajo la hegemonía norteamericana”.³ Subráyese que ese entendimiento subsistió en el siglo XX en el plano militar, salvo en el interludio fascista de Getulio Vargas con Italia y Alemania en los preámbulos de la Segunda Guerra Mundial, y particularmente durante el período de las dictaduras militares.

La Argentina, por su parte, mantenía relaciones financieras y comerciales especiales con Europa, sobre todo con Inglaterra y Alemania, cuyos bancos le concedían préstamos en condiciones imposibles de igualar por EEUU, y le proporcionaban los productos industriales imprescindibles para su desarrollo diversificado. España, a su vez, le aseguraba una corriente permanente de emigrados “latinos blancos”, que desembarcaban en instalaciones portuarias preferenciales en el Río La Plata, a los que el gobierno argentino asignó la estratégica tarea de garantizar la mano de obra imprescindible para el

crecimiento permanente de la economía y el desarrollo ulterior de las Pampas, parcialmente pobladas por indios,

convenientemente caracterizados de improductivos y “primitivos” por el general Julio Argentino Roca, el hombre que los derrotó en una guerra de exterminio desigual, Las relaciones de España y la Argentina, pues, no eran solo buenas, eran estratégicas, sobre todo para esta última.

Lo expuesto resulta una deducción fácil si se cuenta con hechos demostrativos en el plano de las relaciones bilaterales. Pongamos un ejemplo transparente. Es posible que Martí lo desconociera, porque no era del interés de las partes divulgarlo, pero fue justamente en 1892 cuando la monarquía española pidió al gobierno argentino que le cediese los fusiles y carabinas Mauser, modelo 1891, que la empresa alemana Ludwig Loewe de Berlín producía para el ejército argentino, contratados ante el peligro de una posible guerra con Brasil y Chile, y la posible expansión militar estadounidense hacia Suramérica.

El gobierno argentino aceptó ayudar a España. La razón esgrimida por las autoridades españolas al hacer esa solicitud era la imposibilidad de la empresa alemana de atender su pedido de armas porque toda su capacidad productiva estaba ocupada con el contrato argentino. Pero además de la urgencia momentánea, se anticipaban otros destinos para esas armas de última generación. En efecto, un lote de 5 000 unidades fue inmediatamente retirado de los almacenes y remitido, siempre con la anuencia del gobierno argentino, a las autoridades españolas, con las marcas y divisas nacionales del país austral, lo que puede haber dado lugar al falso rumor de que habían sido producidas y vendidas allí al ejército español. La empresa alemana desvió entonces hacia España lotes subsiguientes de armas en producción para la Argentina; grabó en ellas los emblemas españoles y la marca “Berlín 1894”, y las remitió también al ejército de ese país. Después de neutralizado el levantamiento de Melillas, los cargamentos de armas fueron a parar, por lo menos hasta 1896, a Cuba y las Filipinas. Este gesto amistoso de la Argentina hacia España, no reconocido aún debidamente en nuestra historiografía,⁴ era una indicación poco prometedora para la revolución cubana. Señalaba, además, la existencia cercana al caos de la política exterior del gobierno argentino, que se evidenciaba en las divergencias entre Estanislao Severo Zeballos, cercano a Julio Argentino Roca, general del ejército y políticamente ultra conservador, entonces ministro del exterior y presidente de la comisión responsabilizada con las compras de armas en Europa, y Roque Sáenz Peña, el amigo de Martí. Sáenz Peña, que llegaría a la presidencia en 1910. Se trata de una figura de ideas moderadamente críticas del sistema político argentino.⁵ Ambos estaban envueltos en ese momento en la supresión de un levantamiento armado organizado por Bartolomé Mitre en

medio de una crisis financiera provocada por el pésimo manejo de las finanzas por el gobierno del presidente Carlos Pellegrini.⁶

Por otra parte, al producirse en 1889 el golpe de estado del general Deodoro de Fonseca en Brasil, en el curso de la Conferencia Internacional Americana, Martí, y otros miembros de las delegaciones latinoamericanas a ese evento, informalmente

especularon acerca de un posible cambio en la política exterior brasileña, que sin embargo no tuvo lugar. Por el contrario, uno de los políticos más brillantes de la monarquía, José Maria da Silva Paranho, Barón de Río Branco, fue eventualmente designado Ministro de Relaciones Exteriores de la nueva república, que nació tarada por la ansiada alianza con Estados Unidos, idéntica a la que tratara de lograr Pedro II. Hasta el día de hoy la Academia Diplomática de Brasil lleva su nombre.

En el propio año, un historiador naval estadounidense, el capitán de navío Alfred Thayer Mahan, presentó en varias de las grandes ciudades estadounidenses, incluyendo la capital, una obra devenida clásica: *La importancia del poder naval en la Historia*. El control de los mares era la clave para la expansión planeada de Estados Unidos y el aumento consiguiente de su comercio con el mundo. Ello, según explicó el oficial naval en artículos posteriores, era la clave de un futuro feliz para el pueblo estadounidense, que sería liberado de las crisis de sobreproducción y desempleo que asolaban regularmente a la economía norteamericana, mediante el acceso a los grandes mercados de Asia y el Oriente Medio.⁷

El tema central de la obra era el ejemplo del Reino Unido, en aquellos días considerado, según Mahan, el enemigo potencial más peligroso de Estados Unidos, con el que, por cierto, recomendaba un entendimiento político, que a principios del siglo XX se hizo realidad, con la firma del tratado Hay—Pauncefote de 1901, que dejaba sin efecto el Tratado Clayton-Bulwer de 1850, según el cual Inglaterra y EEUU se abstendrían del control del istmo y de los países centroamericanos.

En 1890, el oficial estadounidense publicó un revelador texto en la revista norteamericana, *Atlantic Monthly*, “The United States looking outward” (“Los Estados Unidos miran al exterior”) en que analiza la importancia estratégica de las Antillas. En una palabra, el historiador y capitán de la marina planteaba con insólito candor que las islas de las Antillas Mayores, particularmente Cuba, debían estar, por necesidad, bajo el “control” de Estados Unidos, a fin de asegurar la protección de un canal interoceánico que ya era público que el recién nacido imperio se proponía construir en el istmo, en Panamá o Nicaragua. Mahan se refirió específicamente al Paso de los Vientos, la vía más corta hacia el canal planeado, cuya construcción, según afirmaba, no podría iniciarse sin garantizar su seguridad, ante el peligro de las flotas de Inglaterra y Alemania, con el “control” de sus aproches, esto es, la creación de un sistema de bases navales en ambas costas del citado Paso.

El punto clave de su política antillana era sin duda Cuba. Sus ideas recibieron amplio apoyo en el Congreso presentadas por el joven y ambicioso político conservador republicano, Henry Cabot Lodge, y su amigo, el líder republicano, vicepresidente y después presidente de EEUU, Teodoro Roosevelt, su compañero profesor en la Escuela Naval de Anápolis. En un período relativamente breve, el canal se convirtió en un objetivo priorizado del gobierno yanqui, Todo esto se ventiló con amplitud en la prensa, en diarios como el *New York Times*, el *New York Herald* y el *Brooklyn Daily Eagle* y no pudo pasar inadvertido para Martí.

Al iniciarse la Conferencia Internacional Americana, Martí escribió para el diario argentino *La Nación*, en artículo publicado el 2 de noviembre de 1889, que la conferencia mostraría “a quienes defienden la independencia de la América Española, donde está el equilibrio del mundo”. Nunca antes Martí había mencionado públicamente ese principio, tan antiguo como la humanidad, pero a partir de ese momento lo reiteró en todos los documentos programáticos de la revolución, vinculado entre líneas a la necesidad de unidad entre los pueblos hispanoamericanos. A Gonzalo de Quesada le decía en carta fechada en Nueva York el 29 de octubre de 1887: “De los pueblos de Hispano América, ya lo sabemos todo: allí está [...] nuestra libertad”⁸

El gobierno estadounidense no perdía tiempo. Con la asistencia de un grupo de cubanos anexionistas en la Conferencia, inició sus gestiones ante el gobierno español para la compra de la Isla. Pero España se negó a la venta. Indignado, Martí le escribió a Gonzalo de Quesada, refiriéndose a los yanquis; “y una vez dentro [de Cuba], ¿cómo nos los vamos a quitar de encima?”.

Martí comprendió que debía acelerar su proyecto revolucionario para lograr la independencia de Cuba con una guerra sorpresiva y fulminante, que al propio tiempo debía ser “generosa y breve” y permitiría establecer, después del triunfo, un equilibrio en las Antillas hispanas para detener momentánea o permanentemente la expansión de Estados Unidos en el Caribe, mediante la unidad de Cuba, Puerto Rico, Santo Domingo y Haití, históricamente solidario con nuestra América, con el apoyo aún no confirmado de varios países hispanoamericanos: Argentina, México, que ya en 1894 donó a Martí, por el propio presidente Porfirio Díaz, unos 20,000 pesos, sin dejar de aclarar que las presiones de EEUU le imposibilitarían reconocer la beligerancia del pueblo cubano; además de los prometedores contactos de Martí en el propio año con dos naciones centroamericanas, y de dos potencias europeas, que en las condiciones en el mundo de entonces, que hoy llamaríamos de “multipolaridad económica, política y militar”, tenían fuertes contradicciones con el imperio norteamericano en ciernes.

Martí, solo y con escasos recursos, hizo lo humanamente posible por convencer a Roque Sáenz Peña, jefe de la delegación argentina a la conferencia, de que el núcleo central del problema no era detener a EEUU en el istmo, a las puertas de las tierras del Sur.

Era hacerlo en las Antillas Mayores, en el Paso de los Vientos, bordeado por los cuatro países hermanos ya mencionados. Ello le obligaría a discutir y negociar con gobiernos independientes, reconocidos por potencias europeas con intereses estratégicos en la propia región, dispuestas a establecer relaciones económicas y políticas con dichos gobiernos.

Detener al imperio recién nacido “hasta que podamos defendernos por nosotros mismos”, como ya sabemos escribió Martí para sí en su “cuaderno de apuntes”, podía crear un equilibrio internacional capaz de inhibir la expansión yanqui en nuestra América e incluso el Pacífico. En definitiva, Cuba hacía entonces --frecuentemente se

lo recordó a los círculos de poder argentinos -- lo que la Argentina hizo Por su independencia en 1810. Ese era el núcleo de sus argumentaciones estratégicas en su diálogo con Roque Sáenz Peña, presidente de la delegación argentina a la Conferencia Internacional Americana.

Todo indica que Martí logró convencerlo, al menos en ese momento. Y, después de concluida la conferencia, en el brevísimo intervalo de poco más de un mes en que esta personalidad fungió como titular de relaciones exteriores, insistió en nombrarlo cónsul en Nueva York, con tareas que en la práctica equivalían a las de cónsul general.

La noticia de su nombramiento en octubre de 1890, y también de Paraguay --ya desde 1887 era cónsul de Uruguay-- subrayaba que el dirigente y líder conocido de una revolución en una colonia de España, amiga de la Argentina, era el nuevo cónsul del gobierno de ese país en la mayor ciudad de Estados Unidos. Que la potente nación porteña, en acelerado desarrollo, respaldara la lucha de los cubanos por su independencia no podía ser una noticia grata para el gobierno hispano y menos para el de Estados Unidos. Súbitamente, Martí había dejado de ser un modesto emigrado español que podía ser deportado del país sin miramiento alguno, y se había convertido en un funcionario consular al servicio de la Argentina.

Una vez en posesión de su cargo, la primera acción política de Martí fue dirigirse a los miembros del Club Crepúsculo de Nueva York en una cena en que se daba a conocer su ingreso a esa institución, que lo ponía en contacto con prominentes intelectuales, empresarios multimillonarios y militares de alta graduación, casi todos de ideas liberales, críticos del rumbo imperial que tomaba Estados Unidos y defensores de las mejores causas internacionales.

El encuentro tuvo lugar en un lujoso restaurante neoyorquino. Martí les transmitió un mensaje que a todas luces respondía a las autoridades y prensa que participaban en el creciente debate en torno al “control” de Cuba y otros países del Caribe y de la América continental. Un fragmento de su discurso, desconocido u olvidado por los investigadores, pronunciado originalmente en inglés, fue publicado en español en octubre del propio año en el periódico *El Porvenir* de Nueva York

[...] Se hablaba entonces, y aún puede ser que se hable hoy, entre políticos ignorantes y adementados, de la intrusión disimulada, con estos o aquellos

pretextos plausibles, de estas fuerzas del Norte en los pueblos meritorios, laboriosos, ascendentes, de la América española, de la intrusión, so nombre de la libertad, en la libertad ajena, que es delito que no se ha de cometer, porque harto saben los que en ella viven que, a vueltas con sus elementos heterogéneos lo que triunfa aquí al fin y al cabo es la gran conciencia nacional, que no permite ya de semejante mancha. Pero si esa unión violenta de que suelen hablar, una que otra vez, los políticos adementados e ignorantes, no ha de realizarse ciertamente por la

nobleza de la tierra que la habría de imponer, y la de las tierras que la habrían de resistir, hay otra unión simpática y posible, tan apetecible del lado de acá de la frontera, como del lado de allá, y es la que no puede dejar de nacer del trato mutuo, despreocupado y justiciero de los hombres de una zona con los hombres de la otra, de los hombres de veras, cordiales y cultos, como esta asamblea de cabezas firmes y espíritus amantes de la justicia, ante quienes depone el extranjero humilde su corazón agradecido.⁹

Era un mensaje breve, como exigían las reglas del Club, formulado con esmero diplomático, pero de obvio contenido antimperialista, evidentemente una respuesta al proyecto anexionista de Mahan y del grupo de congresistas republicanos conservadores que lo apoyaban. Fue recibida con aplausos y abrazos por los asistentes. Calificar de dementes e ignorantes a un influyente oficial naval y a políticos conservadores norteamericanos, empeñados en intervenir en los países de América hispana, ante un auditorio tan variado como influyente, ocasión en que Martí, sin mencionar a Cuba, habló como representante de tres Estados sudamericanos, evidenciaba un grado considerable de audacia. Esto es así, porque su cargo consular suponía instrucciones de sus gobiernos, en temas que se vinculaban a las relaciones bilaterales de dichos países con Estados Unidos.

Martí aceptó la invitación a incorporarse a la membresía del Club, que en verdad era una especie de caja de resonancia nacional incontrolada en cuyas filas militaban intelectuales de la talla de Walt Whitman, Mark Twain, Mark Derkham, John Swinton, jefe de redacción del *New York Time*, amigo de Carlos Marx y Federico Engels; el magnate del acero y multimillonario, Andrew Carnegie, el general Charles F. Wingate, presidente del Club y héroe neoyorquino de la Guerra de Secesión, y otros. En esa ocasión, Martí aplicaba el principio del equilibrio en la política interna de Estados Unidos. No fue una acción intrascendente: en 1896 el Club, en presencia de los representantes de la revolución cubana, solicitó enérgicamente al gobierno de Estados Unidos el reconocimiento de la beligerancia del pueblo cubano en armas.

Lamentablemente, su importante labor consular, con las ventajas que ello le significaba para moverse libremente por el territorio del país, y su acceso al uso del correo consular, se vio abruptamente terminada un año después de su designación. El 10 de octubre de 1892, en ocasión de su discurso por el aniversario de esa fecha en Hardman Hall, New York, el ministro extraordinario y plenipotenciario español protestó ante el de la Argentina, Vicente G. Quesada, que inmediatamente instó a Martí a renunciar. Martí no pudo hacerlo de inmediato porque se encontraba enfermo. Seis días después, Quesada lo instó a renunciar o se vería obligado a destituirlo, en medio de un escándalo organizado por la prensa plutocrática local y la embajada de España.

Nada de esto lo consultó Quesada con su Cancillería. Sus informes los envió por barco y llegaron a su destino un mes después de ocurridos los hechos. Pero Martí siguió disfrutando de sus prerrogativas consulares porque ni Uruguay ni Paraguay siguieron el ejemplo argentino, hasta que, al año siguiente, Martí insistió en que su renuncia le fuera aceptada.

Quesada fue felicitado en una florida carta del rey de España por haber puesto fin a la carrera consular de Martí. Y el gobierno argentino premió a Quesada con una nueva designación diplomática, esta vez en Madrid, que lo recibió, naturalmente, con los brazos abiertos.

En cuanto a Brasil, el proverbial sentido común de Martí le impidió realizar acción alguna, salvo aplicar su conocido principio del silencio total --- nada de periodismo crítico o de otra índole. Lo cierto es que el líder cubano mencionó poco al gran país del Sur en los 28 tomos de sus *Obras Completas*, tanto en los artículos como en su correspondencia. Dejó incluso de utilizar el término "América Latina" y la frase de la "unidad de América Latina". La de Martí era la "América de habla castellana", o "la América Hispana", o la "América española", o, finalmente, "nuestra América".

Es cierto que tener a Estados Unidos como enemigo ya entonces algo más que potencial al Norte era una perspectiva sumamente azarosa. Pero el colmo de lo irracional habría sido provocar en el Sur a un poderoso aliado de EEUU.

Su objetivo central, concebido con el mayor realismo fue, pues, hacer todo lo humanamente realizable por asegurar la independencia de Cuba, que debía lograrse en la futura guerra necesaria con el apoyo de varios países, vale reiterar, las potencias europeas dispuestas a defender en Cuba sus propios intereses estratégicos, comerciales e inversionistas. En primer término Inglaterra, en aquellos días la potencia europea de mayor presencia y poder en América Latina, con fuertes lazos devenidos estratégicos para la Argentina.

En segundo lugar, Alemania, bajo la astuta dirección del fundador de la unidad alemana, Otto Von Bismarck, que, hasta 1890, año de su retiro, sostuvo desde principios de la década del ochenta, varios choques navales con Estados Unidos en Samoa y otras islas estratégicas del Pacífico, comentados por Martí. Incluso soñó con desviar la emigración alemana hacia Cuba y crear en ella varias bases navales, a lo que España se negó con firmeza.

En 1895, encontrándose ya en Guantánamo, próximo a dar su vida por la causa revolucionaria, Martí recibió informaciones de la muerte “accidental” de un marino británico de la goleta *Honor*, que traía la expedición de Maceo. Martí entiende imprescindible dirigirse al Agente Consular del Gobierno Británico para transmitirle una explicación oficial de los hechos, que a nuestro juicio trasciende el propósito original que la motivó. Después de aclarar que había ordenado una investigación sobre el accidente, Martí añade: “Los altos ideales que sustenta la revolución cubana, que tiene por objeto nada menos que la fundación de una república fuerte y próspera, *completamente abierta a la industria del mundo* y merecedora de su

respeto y simpatía, no pueden tolerar [...] la menor transgresión de las leyes morales y el respeto internacional por parte de sus mantenedores”.¹⁰ Es interesante que esta carta haya llegado hasta la mesa de trabajo del Secretario de Relaciones Exteriores en Londres, lo que evidencia la importancia política que se le atribuyó.

En ese mismo día redactó otra misiva en lengua inglesa, hallada no hace mucho en los archivos del Ministerio de Relaciones Exteriores de Alemania, en Bonn, al cónsul alemán en Santiago de Cuba, que resultó ser Wilhelm Schumann,¹¹ gerente de las Minas de Firmeza (hierro y cobre), cerca de Daiquirí, Santiago de Cuba, muy similar a la que escribiera al funcionario británico pero quizás más significativa, al carecer de la justificación inmediata que tuviera la del funcionario británico. El texto corresponde a la decisión militar revolucionaria de respetar la propiedad privada y sobre todo extranjera que no ayudase al enemigo. Pero, como en el caso del cónsul inglés, Martí aprovecha para expresar al gobierno alemán que Cuba es “un pueblo de hombres dispuestos a trabajar en paz para el desarrollo, en una república *libre de aceptar la asistencia del capital ocioso del mundo*. Así es la revolución cubana, dispuesta a aceptar a todos los que la respetan”¹²

No excluyó Martí a EEUU, según le informó al periodista del Herald, Eugene Bryson, en la entrevista que tuvo lugar en los campos de Oriente en mayo de 1895. Era, claramente, una invitación a participar en el desarrollo de una Cuba independiente, en los términos en que escribiera para sí en el fragmento ya referido.¹³ Interesa enfatizar que la solicitud suscrita por Martí y Máximo Gómez, fue respetada por la empresa alemana, que suspendió sus operaciones mineras durante la guerra. La documentación más reciente indica que el gobierno alemán previó la probabilidad del triunfo de las armas revolucionarias, y estuvo

dispuesto a negociar un tratado comercial con sus representantes y a establecer relaciones diplomáticas con un gobierno revolucionario en el poder.¹⁴

No sucedió lo mismo con la República Francesa, una de las potencias europeas de mayor presencia en Cuba, con una inmigración relativamente numerosa, propietaria de tierras empleadas en la producción de café, que al parecer no recibió carta alguna de Martí en aquellos días iniciales de la guerra de independencia. Paul Estrade, el notable historiador francés contemporáneo, dedicó tiempo a la búsqueda de alguna misiva de Martí desde el campo de batalla en los archivos de la República Francesa, pero nada pudo hallar. En realidad, Paul Estrade y otros investigadores, ignoraron hechos más que elocuentes en las relaciones europeas: Estrade pasó por alto el artículo de Martí sobre la inauguración de la Estatua de la Libertad en 1886 y la realidad de que Francia, humillada en la Guerra Franco-Prusiana en 1871, con sensibles pérdidas territoriales en Europa, y el peligro prospectivo de otras, llevaba a cabo una política de alineamiento estratégico con Estados Unidos, la otra gran república del mundo, basada en la decisiva ayuda que Francia le dio durante la guerra de independencia de las trece colonias.

Al entregar a Estados Unidos el costoso regalo de la Estatua de la Libertad, el ingeniero Lesseps, cuya empresa, financieramente fallida, trabajaba en la construcción de un canal interoceánico en Panamá, hizo votos en su discurso por que la bandera estadounidense ondeara “pronto” en Panamá junto a la de Francia. Ya en 1889-1890 esa alianza se había consolidado, cosa que Martí mejor que nadie conocía. Habría sido un gesto inútil de su parte enviarle al gobierno francés una misiva con un contenido similar a las de Inglaterra y Alemania con una solicitud de apoyo a una revolución cuyo resultado debía ser un gobierno independiente en Cuba, que nacía en contra de la voluntad y los intereses de Estados Unidos. Ese temor a Alemania era compartido por el gobierno de Su Majestad Británica al que preocupaba el enorme desarrollo de la flota de guerra y ejército alemanes, que prefiguraba planes expansionistas que finalmente culminaron en la Primera Guerra Mundial.

Conviene no olvidar, por otra parte, porque es indicativo de la enorme complejidad de la situación a que Martí se enfrentaba, la alianza revolucionaria con los patriotas puertorriqueños. Uno de los sueños acariciados hacía muchos años y reiterado una y otra vez por Hostos, apoyado por Betances, y otros patriotas puertorriqueños era la idea de una Confederación del Caribe. Martí nunca objetó estos objetivos revolucionarios, con los que por principio estaba de acuerdo. Pero en aquel momento resultaban inconvenientes, porque podían distanciar a las potencias europeas que estaban en proceso de dirimir sus graves contradicciones ímperialistas con EEUU sobre el posible apoyo a la revolución cubana que, como hemos visto, Martí entendía necesario para asegurar la independencia de las Antillas hispanas. Esto sería de la mayor importancia, sobre todo en el período de la posguerra, ante un posible distanciamiento británico provocado por la adopción de un

programa político que suponía la creación de una unión que abarcaría las colonias isleñas británicas, francesas y hasta holandesas. Y ello podría tener lugar al agudizarse el peligro de guerra con Estados Unidos.

Era obvio que, de iniciarse las hostilidades entre Inglaterra y Estados Unidos, la cercanía de las islas británicas al territorio continental de ese país sería de suma importancia en las operaciones bélicas. Por eso, aunque permitía la publicación de las opiniones al respecto de los aliados puertorriqueños en *Patria*, nada declaraba sobre ese tema.

Ya hemos visto que los planes de Martí mostraban, como un objetivo de alto relieve el logro del apoyo argentino, y por esa vía el de Inglaterra y Alemania. La reunión de Martí, poco después de su entrevista con Porfirio Díaz en México a fines de septiembre de 1894, con Estanislao Zeballos, ministro argentino en Washington y tres veces ministro de relaciones exteriores, hecho desconocido en Cuba hasta hace poco, indicaba aún un alto nivel en las relaciones del líder cubano con la Argentina, lo que habría sido sumamente útil después de lograda la independencia de España. Las investigaciones sobre este documento no han concluido.

Centroamérica, pero sobre todo México, preocupados por la ascendente ingerencia estadounidense por sus crecientes concesiones mineras a Alemania, Francia e Inglaterra, también figuraban en los planes martianos.

En verdad, ninguno de los objetivos estratégicos de Martí fue alcanzado después de su muerte. Es bien conocido que a ello contribuyó el fracaso de las expediciones detectadas y abortadas en la traición de la Fernandina. No hubo sorpresa y la guerra se convirtió en un conflicto de desgaste.

Con la intervención estadounidense en la guerra de independencia y la complicidad de autonomistas y anexionistas infiltrados en el nuevo gobierno republicano de Cuba, se liquidaron, a partir del triunfo de las armas cubanas y estadounidenses sobre España, las aspiraciones martianas al equilibrio internacional que podría haberse asegurado con Martí en vida y la victoria decisiva de los patriotas cubanos en el campo de batalla.

El grupo expansionista en el gobierno y el Congreso de Estados Unidos, al lograr el control futuro del canal interoceánico en Panamá, más la incorporación de las islas hispanoamericanas en el Caribe y los archipiélagos de Hawai, las Filipinas y Guam a su sistema imperial emergente, le aseguraron la supremacía en el Caribe y el Pacífico en la “espléndida guerrita”, como la llamó uno de los miembros del gabinete del presidente Mckinley, reforzaron una fuerte tendencia conservadora de signo imperial en ese país, a lo largo del siglo XX, que hasta el día de hoy sus círculos gobernantes se niegan a modificar, a pesar de sus colosales errores y derrotas que todos los días presenciamos en nuestra

propio contexto histórico. Pero ni Bolívar “aró en el mar”, ni Martí sacrificó su preciosa vida en vano. Sus ejemplos germinan hoy en los pueblos que luchan por establecer en nuestra América la unidad e integración, finalmente latinoamericanas, en la economía, pero sobre todo en el plano más universal de la historia, la cultura humanista, la solidaridad y las tradiciones comunes.

La Habana, 4 de octubre de 2014

NOTAS

- ¹ Henry Kissinger afirmó el 18 de julio del 2001 ante el Consejo de Asuntos Mundiales de Los Angeles: “Los Estados Unidos se encuentran hoy en una posición curiosa. Somos el país más poderoso que haya existido en el mundo [...] Pero sólo hay un problema: si se alcanza semejante posición de preeminencia, se manifiesta inmediatamente la tendencia entre los demás países a unirse para restablecer alguna forma de equilibrio con el fin de reducir en lo posible nuestra capacidad de influencia”.
- ² Esta reflexión es una de las primeras alusiones escritas de Martí al principio del equilibrio en las relaciones internacionales. Por los estudios realizados para datar este documento se concluye que debe haber sido escrito entre 1887 y 1888 fecha en que se fundó la Great Zaruma Mining Co. Ltd. Véase en “José Martí, *Obras completas, “Fragmentos”, tomo 22, p. 116.*
- ³ Helio Jaguaribe, “Presente e futuro das relações Brasil-Estados Unidos” en: *Estados Unidos en la transición democrática*, San Pablo, Editora Paz é Terra, 1985.
- ⁴ Estas informaciones fueron remitidas al autor de este trabajo en respuesta a su pregunta, que a continuación reproducimos, planteada en el Foro Internacional digitalizado de la fábrica de armas Mauser, disponible en Internet: “It is frequently stated that, during the Cuban-Spanish war, beginning in 1895, Argentina sold Mauser rifles, produced under license in Argentina, to the Spanish government. Is this a fact? If this was true, was it the Mauser 1891? Thanks in advance for your help”. Aunque la respuesta de Mauser desmiente parcialmente ese rumor, la realidad es más interesante y pertinente para nuestra investigación.
- ⁵ El 2 de mayo de 1898, Sáenz Peña, en plena Guerra de EEUU y Cuba contra España, trató de explicar la posición de la Argentina: “Cuba ha debido ser libre, lo repito, si esa libertad no se buscara en este momento histórico, por el camino de la humillación y del ultraje a la nación española: ultraje que no le infieren las disensiones internas, entre insurgentes y peninsulares, sino los actos insólitos de una política invasora, que acecha desde la Florida los anchurosos senos del golfo de Méjico, para nutrir en ellos sensuales expansiones territoriales y políticas; sueños de predominio, que aspiran a gravitar pesadamente en la vasta extensión de este hemisferio”. Ya era demasiado tarde para apoyar a Cuba, pero al menos llamaba la atención sobre el peligro inminente que Estados Unidos significaba para el resto de la América Hispana.

⁶ Después de años de estabilidad financiera, ciertos impagos de los bancos argentinos provocaron a los grandes bancos británicos que exigieron desembolsos para liquidar la deuda en oro atendiendo a la supuesta convertibilidad del peso, que no pudieron ser efectuados.

⁷ Para ampliar la información sobre la influencia de las fuerzas armadas de Estados Unidos en la estrategia revolucionaria de José Martí, véase el ensayo de este autor “América Latina y Europa en el equilibrio martiano”, en el Anuario del Centro de Estudios Martianos de 2002. p. 108.

⁸ José Martí, carta a Gonzalo de Quesada, Nueva York, octubre 29 de 1889 en: *Obras Completas*, La Habana, tomo 1, pp 247*250.

⁹ José Martí, Fragmento del discurso pronunciado ante el Club Crepúsculo de Nueva York, en *El Porvenir*, Nueva York, 29 de octubre de 1890, bajo el título de “Recuerdos de Verano”, y en OC, t. 28 Nuevos materiales, Instituto Cubano del Libro, La Habana, 1973, p. 339. Ambos fragmentos los hemos cotejado.

¹⁰ José Martí, Carta al Agente Consular del Gobierno Británico, Guantánamo, abril 27 de 1895, en: t. 4, p. 138. Dirigida a un funcionario cuyo nombre al parecer Martí desconocía, la carta llegó a manos de James F. MacKinlay, el agente consular en Guantánamo, que la remitió a Frederick Wollaston Ramsdem, Vicecónsul en Santiago de Cuba. Este la hizo llegar rápidamente a Alexander Gollan, Cónsul General británico en La Habana. Con fecha 7 de mayo de 1895, a pocos días de la muerte de Martí, Gollan la despachó a Londres dirigida al Secretario del *Foreign Office* que por aquellos días era Earl Kimberley (John Wodehouse). Este expediente, hallado por el historiador británico Christopher Hull, en los archivos nacionales del Reino Unido, en The Public Record Office de Londres, evidencia la importancia que Gollan atribuyó a la misiva de José Martí y la consideración que se le concedió a su contenido en un nivel rector de la política exterior británica. Al propio tiempo sugiere que la apreciación de Martí sobre la importancia del Reino Unido en la lucha independentista y el período posterior al triunfo revolucionario tenía un fundamento realista.

¹¹ Wilhelm Schumann era gerente y copropietario, conjuntamente con German Michelsen, de la firma minera Schumann y Michelsen, que extraía hierro y cobre de yacimientos en Firmeza, cerca de Daiquirí, Santiago de Cuba, en las montañas orientales. Por lo menos desde 1868 fungía como activo cónsul de la Confederación de Alemania del Norte, y le cursaba correspondencia directamente a Bismarck sobre la problemática de la guerra en Cuba. Michelsen pasó a la historia de la ciudad por su actitud solidaria con el pueblo cubano durante la guerra hispano-cubana-norteamericana (1895-1899).

¹² Véase Martín Franzbach, *La guerra del 98 en el marco de los intereses alemanes*. Separata de Iberoamericana, 22 de enero de 1998, p. 24.

¹³ Es interesante que Otto Von Bismarck se propusiese aplicar una política de emigración alemana hacia Cuba, que estableciese unas cuarenta o cincuenta mil familias en la isla e incluso una base naval cuya presencia, potencialmente amenazadora para Estados Unidos, se justificaría por la defensa de los intereses económicos y de otra índole de dichas familias en Cuba, pero en el fondo por la prevista apertura de un canal interoceánico en el istmo de América Central. De todas maneras, después de 1874 Alemania envió una flotilla de barcos a Cuba, con facilidades para repostar en todos los puertos cubanos, lo que hacía de la isla una enorme base. En interés de la presencia alemana en el Caribe, Bismarck también intentó establecer una base en Santo Domingo. Esos proyectos fracasaron, entre otras razones porque fueron concebidos para realizarse en medio de la Guerra Grande, y por las sospechas españolas de que Alemania fraguaba un plan para apropiarse de una parte de su imperio. Véase Luis Alvarez Gutierrez: *La*

diplomacia bismarckiana ante la cuestión cubana, Centro de Estudios Hispánicos, Madrid, 1988, pp. 60-180.

¹⁴ Véase Martin Franzbach, *ibídem*. José Martí, Carta al Agente Consular del Gobierno Británico, Guantánamo, abril 27 de 1895, en: t. 4, p. 138. Dirigida a un funcionario cuyo nombre al parecer Martí desconocía, la carta llegó a manos de James F. MacKinlay, el agente consular en Guantánamo, que la remitió a Frederick Wollaston Ramsdem, Vicecónsul en Santiago de Cuba. Este la hizo llegar rápidamente a Alexander Gollan, Cónsul General británico en La Habana. Con fecha 7 de mayo de 1895, a pocos días de la muerte de Martí, Gollan la despachó a Londres dirigida al Secretario del *Foreign Office* que por aquellos días era Earl Kimberley (John Wodehouse). Este expediente, hallado por el historiador británico Christopher Hull, en los archivos nacionales del Reino Unido, en The Public Record Office de Londres, evidencia la importancia que Gollan atribuyó a la misiva de José Martí y la consideración que se le concedió a su contenido en un nivel rector de la política exterior británica. Al propio tiempo sugiere que la apreciación de Martí sobre la importancia del Reino Unido en la lucha independentista y el período posterior al triunfo revolucionario tenía un fundamento realista.

¹⁴ Wilhelm Schumann era gerente y copropietario, conjuntamente con German Michelsen, de la firma minera Schumann y Michelsen, que extraía hierro y cobre de yacimientos en Firmeza, cerca de Daiquirí, Santiago de Cuba, en las montañas orientales. Por lo menos desde 1868 fungía como activo cónsul de la Confederación de Alemania del Norte, y le cursaba correspondencia directamente a Bismarck sobre la problemática de la guerra en Cuba. Michelsen pasó a la historia de la ciudad por su actitud solidaria con el pueblo cubano durante la guerra hispano-cubana-norteamericana (1895-1899).

¹⁴ Véase Martín Franzbach, *La guerra del 98 en el marco de los intereses alemanes*. Separata de *Iberoamericana*, 22 de enero de 1998, p. 24.
